

Web site: <http://bigfoot.com/~daniel.eisenberg>
Email: daniel.eisenberg@bigfoot.com

Publicado en el periódico *Ideal* (Granada), 2 de enero de 1992, Suplemento, p. 57. Se trata de una versión para el gran público de las conclusiones de mi artículo “Cisneros y la quema de los manuscritos granadinos”, *Journal of Hispanic Philology*, 16 (1992 [1993]), 107–124.

Granada y 1992

Daniel Eisenberg

Si uno preguntara al clásico “cualquiera”, a finales de 1492, cuál había sido el acontecimiento de mayor envergadura durante el año, nadie habría mencionado el viaje de Colón y menos el descubrimiento de América. Colón no volvería hasta el año siguiente. Lo que había encontrado eran unas islas, unos indígenas analfabetos, el tabaco. Faltaban años para que alguien se diera cuenta de la existencia de un nuevo continente, con la retrospectiva reinterpretación del viaje colombino.

Ni, a finales de 1492, se hubiera considerado el destierro de los judíos como el hecho que definiera el año. Sí un hecho central para ellos, quienes se consideraban los dueños primitivos de la península, capital mundial del judaísmo medieval y sitio donde su cultura llegó al nivel más alto desde tiempos bíblicos. La idea de volver a sus tierras bíblicas, el sionismo, nació como consecuencia de su experiencia hispana. Los sefardíes conservan su identidad nacional, y a veces regional (“soy catalán”), hasta hoy. Sería otro ensayo señalar los muchos paralelos entre el Israel actual y la España medieval.

Posiblemente, vista desde la perspectiva de cinco siglos, el destierro de los judíos fue el más importante y más definitivo para España de los sucesos del año 1492. Pero el gran acontecimiento, en la opinión de todos los españoles y europeos que no eran judíos, fue la caída de Granada, acaecida, además, en la simbólica fecha del 2 de enero. Fue el final de una época, una meta de siglos finalmente logrado. Según la historia oficial, un peligro había sido extirpado. Ya España era una.

Granada, no Sevilla, fue la ciudad del año 1492. Fue la nueva capital de España. Sin la conquista de Granada, no se hubiera procedido al destierro de los judíos, medida

tomada por Isabel en la misma ciudad. Sin su conquista, los Reyes no hubieran podido patrocinar el viaje de Colón, también decidido en la misma ciudad de Granada adonde vino Colón a entrevistarse con los Reyes. Allí están enterrados Fernando e Isabel, como también su hija Juana y el asesinado marido de éste, Felipe el Hermoso. Carlos V construía en Granada su palacio.

A pesar de la importancia de Granada en aquel momento, ha habido un silencio sepulcral respecto a Granada en las preparaciones para 1992. El final de la Reconquista, tenido durante siglos como el acontecimiento más glorioso de la historia de España, no se conmemora. Incluso los agentes de viajes recomiendan una visita a Granada para el turista que quiera escaparse de las actividades del 1992. Se trata de un cambio de perspectiva bastante gordo: el dejar no sólo de celebrar sino incluso de mentar el hecho que para los españoles contemporáneos definiera el traído año de 1492. La conquista de Granada es hoy, evidentemente, menos celebrable que el viaje de Colón.

No es bien conocida la Granada que conquistaron Fernando e Isabel. Cuesta encontrar material sobre ella, y su verdadera historia ha sido tapada con falsificaciones, como las de Pérez de Hita. Ello se debe en parte significativa a la hoguera de 5.000 manuscritos granadinos ordenada por el cardenal Cisneros, en la cual se destruyeron, entre otras cosas, las obras históricas y poéticas del siglo XV. Inspiradora de la posterior quema de los manuscritos mayas por otro franciscano, Diego de Landa, quería ser la conquista definitiva, para no quedara ni la memoria de lo que había sido. Para medir el alcance de la pérdida, tenemos entonces que acudir a datos diversos.

La ciudad de Granada era, en 1492, la mayor, la mejor situada, la más productiva y la más culta de España. Se ve hoy con mayor facilidad, acaso, en la arquitectura. ¡Qué contraste entre la Alhambra—el sobreviviente de los muchos palacios granadinos—y la modesta residencia de los reyes castellanos, el Alcázar de Segovia! Mayor contraste todavía, espiritualmente, con el Palacio de Carlos V: sin color, sin poesía en las paredes, sin agua, sin jardines. El verdadero opuesto de la Alhambra, el frío Escorial.

La Granada nazarí, muy elogiada por los primeros visitantes cristianos después de su conquista, fue una ciudad refrescada y limpiada por el agua que corría por las escaleras, las calles, los jardines y las casas. Existen todavía, a la vista de todos, unos restos de aquel sistema,

celebrados por autores modernos, enamorados de su murmullo. De sus muros están unos inmensos, aislados y melancólicos arcos.

Granada fue la última representante de la gran civilización hispanoárabe. De la riqueza de su ciencia queda el testimonio de muchos códices de obras de medicina, único campo de su sabiduría cuya sobrevivencia se facilitaba. La complejidad de los azulejos geométricos nos recuerda y documenta su riqueza matemática y filosófica. Se jactaban de tener la lengua más hermosa del mundo, y el secretario del rey tenía que ser también un calígrafo. Las cartas diplomáticas se escribían en verso, y en los manuscritos se usaban varios colores de tinta a la vez. Un manuscrito con el texto sólo en negro sería plebeyo y utilitario. Los títulos de las obras que sobreviven nos sugieren la poesía: *El collar de la paloma*, un manual de amor. *El olor del jardín (Nafh al-tīb)*, una historia. *Las banderas de los campeones*, una antología poética. La enciclopedia granadina de Ibn al-Khatīb, incomprensiblemente sin traducir hasta la fecha, intitulada *El círculo (Ihāta)*, es decir, lo que incluye todo. Su abreviación, *El centro del círculo*.

Para los andaluces refugiados en África del Norte Granada fue y es todavía el paraíso perdido. García Gómez la llamó “la última y sabrosísima gota del Islam español”. Tan poco ortodoxa era su civilización, tan dada al consumo del prohibido vino que la Alhambra tenía una Puerta del Vino para su entrada, opuesta a la hoy desaparecida Puerta de la Ley Islámica. “Su meta en la vida”, dice una erudita moderna, “era dar belleza a cada objeto, y gozo a cada hora”. La opinión de la conquista de Granada del granadino Federico García Lorca, amigo de García Gómez y de otros arabistas, fue la siguiente: “Fue un momento malísimo, aunque digan lo contrario en las escuelas. Se perdieron una civilización admirable, una poesía, una astronomía, una arquitectura y una delicadeza únicas en el mundo”.

Para regocijarse con la llegada del Quinto Centenario, habría que afirmar que el saldo del año 1492 fuera positivo: que se perdió muy poco en comparación con lo ganado. Yo no me iría tan lejos. No me sale de la cabeza la imagen de las bellas hojas sahumadas convertidas en humo. ¿Bien hecho? ¿Enhorabuena? Que otro lo proclame. Me esfuerzo en percibir, sea incompletamente, por lo poco salvado del naufragio, los contornos de la pérdida.